

tenga la connotación negativa que suele poseer en el lenguaje común, ya que esto sería desvirtuar completamente el sentido real de las convicciones religiosas y de la forma de estructurarse estos cristianos.

Toda la documentación que aporta sobre la situación legalmente favorable a los objetores de conciencia en el extranjero ha de ser de gran utilidad para reflexionar en nuestro país sobre el proyecto de ley que el Gobierno ha enviado nuevamente a las Cortes, y que —en la opinión de muchos— resulta francamente desfasado con lo que es usual en el mundo europeo actual.

Todos deberían conocer mucho más esos pequeños grupos de no violentos, formados de jóvenes españoles que, con ejemplar desprendimiento, procuran difundir sus ideas y ser consecuentes con su actitud, a pesar del hielo que encuentran a su alrededor y del olvido en que se hallan. Yo tengo una gran esperanza en estos pequeños núcleos de no violentos, quienes pueden hacer mucho por una transformación pacífica y profunda de nuestra sociedad; y los cristianos deberíamos meditar —a la vista de su ejemplo— más profundamente en el sentido no violento del Evangelio, que ahora empezamos a descubrir después de tantos siglos de cristianismo. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

La condición obrera en la España de la Restauración

Segismundo Moret, político liberal (librecambista), era ministro de la Gobernación en 1883 cuando creó una «comisión con objeto de estudiar todas las cuestiones que directamente interesan a la mejora o

bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo». Se trata de estudiar los jurados mixtos, las cajas de retiros y socorros, el trabajo de niños y mujeres, higiene y salubridad en los talleres, créditos agrícolas y desamortización, cooperativas, habitaciones de los obreros y sus barrios... La intención del gobernante era hallar la posibilidad de conciliación entre capital y trabajo («... que son los dos términos de una idea...») y negar la lucha de clases. Un amplio cuestionario —223 preguntas— circuló como información previa a la reunión de la Comisión de Reformas Sociales, y la clase obrera española aprovechó esta primera oportunidad de hacer conocer sus puntos de vista. El partido socialista tenía en ese momento cuatro años (fundado en 1879). La Agrupación Socialista Madrileña presentó a la comisión un informe que se haría famoso con el nombre de su autor, el Informe Vera (Jaime Vera, médico madrileño, especializado en Psiquiatría, pasado de la burguesía al obrerismo), porque se considera como el primer texto marxista español.

La información se realizó por dos vías, oral y escrita. Constituyó una inmensa aportación de datos, informes, relatos, estadísticas, referidos sobre todo a la condición obrera en la España de la Restauración. Los profesores Elorza y María del Carmen Iglesias han realizado ahora una antología o selección de aquellos textos (en la que incluyen una edición crítica del Informe Vera hecho por el profesor Tomás Giménez Araya) que es de interesantísima lectura; unas veces, por el reflejo histórico de la época y de la sociedad; muchas otras, por la expresión de la esencia misma de la condición obrera no sólo en la época, ni siquiera en España, sino

permanente y universal (1).

Los autores preceden la antología de una larga introducción en la que sitúan los informes en el contexto de su época, explican el desarrollo de un ideario político y dan las claves de los textos teniendo en cuenta su procedencia. La bibliografía sobre esta época va siendo cada vez más abundante, después de un largo período de silencio o de estudios incompletos o tendenciosos (el propio Antonio Elorza, con sus colaboraciones en TRIUNFO y con sus libros, está contribuyendo decisivamente a la ampliación de estos estudios), y esta antología tiene el valor del texto directo redactado por el testigo y a veces luchador dentro de su clase o de su ideología.

Desgraciadamente, la encuesta, los debates, la comisión, no fueron utilizados para hacer una reforma real de estructuras. Las relaciones de capital y trabajo se fueron inevitablemente deteriorando, y la lucha de clases no cesó. En este sentido, también, el libro es un interesante muestrario de antecedentes de otros acontecimientos históricos españoles, en los que los mismos argumentos podrían ser esgrimidos.

(1) Antonio Elorza y María del Carmen Iglesias. *Burgueses y proletarios. Clase obrera y reforma social en la Restauración*. Con una edición crítica del informe de la Agrupación Socialista Madrileña (Informe Vera), por Tomás Giménez Araya. Editorial Laia. Barcelona, 1973.

El racismo y sus corifeos

En el curso de la Historia, y para justificar la explotación, las clases dominantes han recurrido con frecuencia al racismo. Si ayer, y junto a argumentos teológicos, ello sucedió bajo el esclavismo y el colonialismo, hoy, en el neocolonialismo, en la opresión de los pueblos afro-americanos y otros

en EE. UU., en la superexplotación de los trabajadores inmigrados en Europa... fluye también la ideología racista. El explotador ha necesitado siempre justificar de algún modo su hegemonía: el esclavo, el colonizado, el negro y el chino de los EE. UU., el obrero emigrado... serían subhombres o infrahombres, como ha denunciado Sartre, y como tales convendría tratarlos. Para fundamentar tal aserción, el concurso de científicos ha sido casi siempre indispensable. Y desde Gombineau hasta nuestros días no han faltado estudiosos intentando «demostrar» la inferioridad natural de algunas razas y grupos étnicos. Esta vieja controversia, alimentada por las recientes luchas de las minorías étnicas y de los obreros en la emigración, reaparece hoy con fuerza y es objeto de una apasionada polémica en el seno de la comunidad científica mundial.

De ahí el interés del libro *Ciencia y concepto de raza*, publicado recientemente (1), que reúne las ponencias de destacados especialistas norteamericanos sobre el tema que fueron presentadas en un simposio celebrado en diciembre de 1966 impulsado por el Instituto de Científicos para la Información Pública y organizado por la Asociación Americana para el Desarrollo de la Ciencia.

Margaret Mead, en unas notas a modo de introducción del libro, resume los objetivos de dicho simposio: reflejar el estado actual, tanto de los conocimientos como de la investigación, en lo que concierne a los problemas relativos a la raza.

Para esta destacada antropóloga norteamericana, como para casi todos los demás participantes en la reunión, la comunidad científica debe enfrentarse con sus armas propias, es decir, mediante la investiga-

(1) Editorial Fontanella. Barcelona. Traducción de Pastora Rodríguez.

ción e independientemente de posibles implicaciones sociales negativas, a las dos posturas extremas hasta ahora tradicionales: la anti-integracionista, o racista militante, que con su cúmulo de literatura pseudocientífica está empeñada en demostrar la inferioridad biológica innata del grupo de norteamericanos que socialmente quedan clasificados bajo la etiqueta de «negros», y la integracionista, que negaría, sin argumentos científicos sólidos, las llamadas «diferencias medias entre grupos raciales». Sin duda, tal planteamiento parece correcto; sin embargo, la pretendida «autonomía», «neutralidad» u «objetividad» de las ciencias, o de la mercancía que acostumbra a presentarse bajo connotaciones científicas, está ya lo suficientemente revisada y cuestionada (particularmente en el terreno de las ciencias sociales y humanas) como para que la «tercera vía» propuesta por Margaret Mead se nos aparezca ya desde el principio, y con todo su talante liberal, como extremadamente sospechosa. Sospechosa porque si bien es cierto que el concepto de raza a nivel biológico es comprensible y lógicamente mantenible en todos los frentes, y ello es defendido con ardor en el simposio por biólogos de la categoría de Dobzhansky o de Mayr, cabe preguntarse con Ethel Tobach —uno de los participantes en el simposio— sobre: ¿cuál es la trascendencia de este concepto operacional a nivel biológico con respecto al concepto de raza a nivel social humano donde la no-identidad acarrea consigo connotaciones de superioridad e inferioridad? Lamentablemente, algunos de los científicos participantes en el simposio caen en este error metodológico que supone el no reconocer que cada nivel (biológico y social) tiene sus propias leyes, conceptos y requisitos para descubrir he-

chos e interpretarlos. Este no reconocimiento o ignorancia por parte de muchos investigadores de la existencia de leyes, conceptos y requisitos específicos a nivel social humano, es lo que está en el origen del biologicismo, tan en boga en la actualidad y operativo ya desde las más variadas disciplinas biológicas. Sin ir más lejos, hace escasas semanas, el conocido ecólogo español Ramón Margalef describía a los «países en desarrollo» y a los «países desarrollados» como a «dos poblaciones de una misma especie que utilizan estrategias diferentes» (2).

En el simposio sobre la raza este error metodológico está reflejado, por ejemplo, en la ponencia de Dwight J. Ingle: «Necesidad de investigar las diferencias biológicas medias entre grupos raciales». En ella desarrolla el autor los conocidos análisis racistas sobre la existencia de «una base biológica para explicar la experiencia desventajosa de los negros, como grupo racial, en América y en el resto del mundo». Estos análisis se basan fundamentalmente en las diferencias en las medias intelectuales medidas mediante los conocidos «tests de inteligencia».

Recientemente, el psicólogo británico Hans J. Eysenck, en su libro *The I. Q. Argument* (3), ha intentado hallar una «explicación» a tales hechos. Para Eysenck, los negros americanos tie-

(2) «Los países en desarrollo son comparables a las especies que compiten con la estrategia denominada de la r (por su multiplicación), los países desarrollados utilizan la estrategia de la K (de la ocupación de recursos y del aguanete) (...). (La Ecología, entre la ciencia y el tópico. Reunión Internacional sobre el Desarrollo Económico y el Medio Ambiente, organizada por el Banco Urquijo. Barcelona, 12 y 13 de abril de 1973).

(3) Library Press. New York, 1971. Eysenck tiene publicado en España: *Fundamentos biológicos de la personalidad*. Editorial Fontanella. Barcelona.

nen un Q. I. (coeficiente intelectual) bajo porque, al ser descendientes de esclavos, constituyen una muestra de una población muy particular, caracterizada por la pasividad y la débil inteligencia. Para Eysenck, lo mismo sucedería con las otras minorías étnicas en los EE. UU. (españoles, italianos, griegos). La «debilidad intelectual hereditaria» se explicaría por el fenómeno de la migración selectiva: son los más débiles y menos inteligentes los que emigran.

Las consecuencias políticas de tales planteamientos serían la urgente necesidad de una acción eugénica (esterilización, por ejemplo) en dichas minorías étnicas, pues de lo contrario, según esta hipótesis, estaría en peligro el patrimonio genético global de la «nación americana». Lo que Eysenck y otros racistas vergonzantes ignoran o no admiten es el contenido cultural y sobre todo de clase que inevitablemente conllevan los «tests de inteligencia», ya que en realidad lo que se mide es la aptitud a pasar el «teste». Si elaboramos un «teste» con conceptos culturales familiares a niños hijos de campesinos y lo pasamos a niños de la gran ciudad, éstos resultarán mucho menos inteligentes que los primeros. Lo mismo sucedería a la inversa. De igual modo, un «teste» elaborado con los conceptos ideológicos y culturales del *establishment* americano determina un Q. I. bajo en niños negros. Si los norvietnamitas hubieran elaborado un «teste» para los prisioneros norteamericanos, hubieran encontrado posiblemente en éstos a una población de débiles mentales. Sin negar la diversidad genética entre razas o entre individuos, experiencias recientes demuestran que lo que es determinante en este terreno es la influencia del medio (origen y si-

tuación de clase, aspectos culturales, etcétera), y no el patrimonio hereditario. La «igualdad de oportunidades», sin duda, no existe, pero no por causas genéticas, sino por razones sociales. ■ JOAN SENENT-JOSA.

«El patio de monipodio»

Alvaro Custodio es uno de los muchos españoles que exiliado en el 39, ha realizado luego una sólida labor en un país latinoamericano. En su caso, en México, donde desde 1953, en que fundó la compañía Teatro Clásico de México, ha dirigido y adaptado cerca de treinta espectáculos. A su etapa española corresponde el haber sido actor de La Barraca, pero es en América donde ha madurado su personalidad literaria y su condición de hombre de teatro. El ocuparnos de él en esta sección se debe a que acaba de llegar a nuestras manos una edición de «El patio de monipodio», mojiganga en dos actos basada en «Rinconete y Cortadillo» y «El celoso extremeño», con adiciones de «El rufián dichoso», «El rufián viudo llamado Trampagos», algunas frases del Quijote y el personaje Pedro de Urdemalas. La edición incluye un amplio prólogo del propio Alvaro Custodio, en el que se barajan una serie de juicios sobre la obra de Cervantes y también una explicación de la estructura de la elaborada mojiganga. Sobre el primer punto es singularmente interesante la referencia a los problemas que tuvieron los escritores españoles del Siglo de Oro para manifestarse, de lo que es un curioso ejemplo el caso de las dos versiones de «El celoso extremeño», la escrita originalmente y la que se imprimió en 1612, des-

pués que el autor hiciera los cortes y cambios que consideró prudentes. El cotejo entre ambos textos tiene una gracia macabra, de la que es buena expresión este comentario de Rodríguez Marín: «Mucho ganó la moral con la enmienda, ciertamente, pero otro tanto perdió la verosimilitud». Custodio se esfuerza, en todo caso, en restituir a los textos la dimensión y la intención primera de Cervantes, ordenando un texto —a veces sólo suyo— de innegable encanto.

Sucede, sin embargo, que es muy difícil saber exactamente el grado de «teatralidad» de la propuesta. A veces parece demasiado dominada por la literatura, por el amoroso afán de Custodio de darnos una imagen lo más completa posible del ingenio de Cervantes. La cuestión no la resuelve del todo la lectura. La música y los bailes, por ejemplo, son parte importante, señalando el propio Custodio que caso de representarse la obra en España, ese es un capítulo que debería modificarse, divulgadas ya una serie de canciones de la época que cuando estrenó «El patio de monipodio» desconocía. Ponernos a analizar la procedencia y trabazón de los diversos fragmentos nos llevaría a un tipo de trabajo más erudito que propio de esta sección. Importa, pues, sobre todo aprovechar el volumen para dar noticia de Alvaro Custodio y de la labor que desde hace veinte años realiza al frente del Teatro Clásico de México. Que trabaja, fundamentalmente, sobre el Teatro Clásico español. Añadamos, para señalar el interés de este exiliado por la vida teatral española, que él fue quien presentó recientemente en México el «Tartufo», de Molière-Llovet-Marsillach, y «Olvida los tambores», de Ana Diosdado. ■ J. M.

ARTE

Dos formas de enfrentamiento con el realismo

La de Carlos Mensa, de una parte, y la de Rolando Campos, de otra. No hay manera de asociar legítimamente a dos artistas bajo un mismo epígrafe... como no sea que ese epígrafe, como en este caso, se refiera exclusivamente al procedimiento. Nada de pensar en una unidad de estilo ni, mucho menos, en una identidad de realidades y de propuestas. Si los agrupo aquí es para proceder inmediatamente a su disyunción.

La pasada semana hablaba yo del realismo, a propósito de Paco Peinado. Efectivamente, si no atendemos mucho a los matices, hay mucho realismo diluido en todo el arte de hoy. ¿Mucho realismo o, en plural, muchos realismos? Ahí tenemos dos ejemplos de ellos: el barcelonés Carlos Mensa (1936) y el sevillano Rolando Campos (1947). De todas maneras, si, ambos son "realistas". No porque ellos atiendan de una manera rigurosa a la figuración, sino porque, en su imagen, el "argumento" importa decisivamente frente a la imagen propiamente dicha.

CARLOS MENSA.
Galería Iolas-Velasco, Madrid.

Carlos Mensa se sitúa mucho más fieramente en una posición de ataque. Toda su pintura tiene una argumentación. Y todos sus argumentos conducen directamente a un denuesto, a un ataque verdaderamente sañudo, a lo que parece exalta... Si se



Carlos Mensa.

trata de un torero —esos toreros bárbaros del siglo XIX, tan peculiares de la pintura de Mensa—, siempre se advertirá en esa obra que la barbarie es la primera condición de la personalidad que se exalta... Si se trata de una mujer, una de esas mujeres desnudas que él tanto ha prodigado, no se la verá jamás —como la Bella de Urbino, de Ticiano— deleitándonos con su plenitud ideal y gloriosa, sino mostrándonos, incluso en su estado juvenil, los síntomas de su prematura decrepitud, la flebitis deformante o la caída triste de sus carnes flácidas. Mensa es un «realista», en el sentido más radical del término: es un realista, porque siempre está contra toda posible sugestión idealizadora: porque siempre está contra todo idealismo. Yo comprendo que el apelativo de «realista», que casi siempre se le concede a Carlos Mensa, se le otorga casi espontáneamente por otra cosa: por su estricta sujeción a una cierta narrativa de las personas y de la realidad. A mí, sin embargo, me parece que eso último, la estricta sujeción a la

narrativa, es, más que la causa, la consecuencia visible de su condición de realista, la cual viene determinada, mucho más que por eso, por su lucha contra toda idealización.

Toda pintura de ese tipo tiene una conciencia más o menos lúcida de sí mismo y de su propia actuación; tiene, para decirlo con palabras mayores, una filosofía de su testimonio. Por supuesto, también la de Mensa, y aunque él no se haya explicado nunca, creo que no rechazaría el antiidealismo que fundamentalmente le atribuyo. Pero toda pintura es, ante todo, una forma de enfrentamiento con la realidad, una manera de interpretarla... un estilo. También, la de Mensa.

La pintura de Mensa se realiza detallando cuidadosísimamente cada parcela del objeto de su figuración... miniándolo. Nunca le deja a la pintura tener expansiones válidas en sí mismas —gruesos de pincelada, libertades de color, etcétera—, sino que todo sirve a un claro oscuro que está, a su vez, al servicio riguroso de la figuración. Cada uno de sus objetos ad-